

**Cuadernillos de
Poesía Colombiana**

39

Antonio J. Cano



Ediciones de

Universidad Pontificia Bolivariana

I N T R O D U C C I O N

Al término hidalguía le nació otra acepción: el negro Cano. Así como al sustantivo ébano, en lo que dice vegetal precioso o madera finísima, un nobilísimo émulo: el negro Cano. Que nó Antonio J., como determináranlo los afectos paternos, acaso por la coincidencia del santo cuyo nombre presidia el día de su advenimiento. Ello quiere decir que la voluntad de sus progenitores, fué avasallada por la de sus amistades, que, sin acuerdo previo, dieron en llamarlo con ese apelativo de penumbra. Y allá está el negro Cano, visto desde la isla de las recordaciones, deambulando como una sombra ante los anaqueles de su librería, a la asechanza del madrigal que le mariposea en el espíritu. Y están, además, con el poeta, aquéllos que podíamos llamar, sin elipsis ni dubitaciones, los cofrades de las utopías o los ausentes de la realidad. Los mismos que imprimieron al terruño su cosmopolita preeminencia. Son ellos los Efe Gómez. Ellos son los Tomás Carrasquilla. Son los Carlos E. Restrepo y los Gabriel Latorre. Son, en fin, los corifeos de la inteligencia. Sitio para el expendio de obras de autores inmortales, aquél remanso de las letras, fuélo más para la pirotecnia de las brillantes frases, de los calambures incisivos y las grandes ideas. Todos estos hombres, todos estos buceadores de páginas gloriosas, entre el sabor del tinto y el olor del habano, departían con la cordialidad y la fruición inherente tan sólo a las almas gemelas en las apreciaciones de la vida. Allí el degollador de hornos metalúrgicos, el geólogo sin estratos, el minero sin minas: Efe Gómez, concidiendo, talvez, algo de lo mejor de sus creaciones inmortales, las mismas que sirvieron de puente para que Antioquia, ufana, pasara por él a otras latitudes, muy orgullosa de su sin par cuentista. Allí, "Carrasco", "el viejo Carrasco" o sea Don Tomás Carrasquilla de la Literatura Castellana, zurcidos los labios con la ironía en inminencia de explotar, cintilantes los ojos de pájaro nocturno, oprimido entre las manos su inquietante bastón: adminículo que aplaudía, con el golpeo sobre el piso, la dentellada de su pensamiento. Allí Gabriel Latorre, deslumbrado aún por su munificente traducción de Pánfila, sibarita, correcto, aledaño siempre a las bellezas Dannunzzianas. Y allí, naturalmente, Carlos E. Restrepo, poseido de ensoñaciones Bolivarianas, pensando siempre en blanco y obrando siempre en blanco, como tenía que pensar y obrar un caballero de su dinastía.

La librería del negro Cano, ciertamente, era el abecedario de los signos mayúsculos. En ella congregábanse los peregrinos de los subfondos psíquicos y los coleccionistas de emociones. En ella, el negro Cano, daba la impresión de una conífera agobiada de libélulas.

Hay existencias que tienen el privilegio de hacerse sentir más mientras más quieren ser inadvertidas. Tal la del poeta que tocó su zampoña, con el júbilo del niño a quien deleitan el canto y el vuelo de los pájaros. Su misión fué sencilla, dulce, legendaria: la del Arbol que canta.

Si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, forzoso es confesar que no somos ciegos admiradores de su obra literaria, parangonable a las aguas que discurren sin pretensiones de tormenta. Su estilo, por su finura de tejido de alfombra persa, por su delicadeza de alfarería oriental, nos trae siempre al corazón las melodías de Gustavo Adolfo Becquer y las no menos musicales de Gutierre de Cetina, fenómeno que, sin duda alguna, derruye nuestro criterio y robustece el de sus admiradores incontables. Sorprendemos, en su infantil dulzura, cierta claridad matutina a la cual se rebelan las retinas cansadas. Sus estrofas, sus canciones, rondaron, en las noches, junto a los oídos recatados de las muchachas quinceañeras y románticas, cuando el romanticismo no había cedido su sitio a los oleaginosos vértigos de ahora. Tiempos en los cuales era bello cantar y era deleitoso oír el canto. En estos días hemos vuelto a leer algunas de sus viejas endechas, y ello nos ha hecho recordar que el negro Cano, un día, no sabemos cual, traspasó la frontera. Recordamos, empero, que a las requias del poeta asistieron todas las flores.

“Retira las abejas de tu huerto,
si temes por tus flores, niña mía:
la abeja, dí, no es cierto
que arrebatara a las flores la ambrosía?”

“Que no? —Mira: en tu mueca maliciosa,
tu boca es un clavel rojo y abierto,
y si yo fuese abeja... Niña hermosa,
retira las abejas de tu huerto...”

He ahí, genuflexa en dos estrofas, una verdadera sinfonía poética. Minúscula, preciosa, trajeada de colibrí y con levedades de burbuja, parece que hubiese sido escrita para leerse en la paz del crepúsculo, en un jardín y sin la asociación de las palabras.

J. Yepes Morales

LO QUE DIJO EL ANGEL

—No sé cómo llegué, porque, señora,
piense usted que salimos
del cielo hace ya tiempo.
Pero es tal la viveza,
tal la curiosidad de esta criatura,
que me hizo visitar en el camino
—tan largo desde el cielo hasta la tierra—
todas las maravillas del espacio.

En Sirio por ejemplo
demoramos dos años,
otro en Aldebarán y otro en Antares.
Pero después, casi al llegar a tierra
la Aurora Boreal fué otra demora.
No la ve usted, bañada por sus rayos?

No fué mía la culpa;
para seguir el viaje
hube de adormecerla
con el suave rocío
que recogí en las flores
de aquel jardín de oro
que hay en la Aurora Boreal...

Cuidela usted señora, que en el cielo
se quedaron llorando con su huída!

COMO EL PINTOR IGNOTO...

(De Pierre Jalabart)

Como el pintor ignoto que en época lejana
sobre este vaso etrusco de contorno rojizo
supo reunir con arte —pincel de raro hechizo—
los laureles de Italia con la rosa pagana:

De prosaicos afanes y vulgares porfías
rompiendo las prisiones con hábiles sorteos,
embellece con rosas tu espíritu, trofeos
que serán el orgullo y el lujo de tus días.

MADRIGAL DE DONAIRE Y PICARDIA

Buscabas en las líneas
de mi mano —gitana peregrina,
gitana con más sal y más donaire
que todas las gitanas de la tierra—
los signos y señales de mi vida.

Al contacto magnético
de las yemas ardientes
de tu mano divina
tembló todo mi ser; y una sonrisa
asomó suavemente entre mis labios
cuando me hallaste bueno y sin falsía.

No puedes tú, a la inversa,
permitir que las yemas de mis labios
con igual donosura y picardía
se posen en los tuyos,
buscando en esa fuente de la vida
lo que hallaste en mis manos?

RONDEL

Ella triste y solitaria,
solitario y triste yo...
de nuestras dos fantasías
brotó la flor pasionaria,
roja como la pasión.

Del amor depositaria,
hace tiempos que esperamos
abra su cáliz la flor,
ella triste y solitaria
solitario y triste yo...

Y porque su luz tan varia
de nuestra flor en el cáliz
vierta prolífico, al sol
enviamos nuestra plegaria,
ella triste y solitaria,
solitario y triste yo...

LA LOCURA DE EPIFANIO

Hay fiesta en el bosque —llegan los gorriones—
que libres y alegres dicen su canción;
los blancos yarumos se mecen al viento
de aquella apacible tarde de arrebol.

Olores agrestes pueblan el espacio;
flores de la selva lucen por doquier,
y hay rumor de trinos y de hojas que caen,
y abejas que zumban en raudo tropel.

El monte, la selva, la fuente que ríe...
la campiña toda con su orquestación,
se llenan de gozo, visten de alegría,
y de todo el campo vibra el corazón.

Algo inesperado conmueve la selva;
del cauce la copa se ve doblegar,
al ver a lo lejos, bordeando una cuesta,
un tardo jinete, con lento avanzar.

Es él; el poeta. Es el compañero,
el gorrión inquieto que a volar se fué...
que volara un día, buscando otro espacio
para su alma plena de ensueño y de fé.

Larga fué su ausencia; fueron luengos días
los de aquel cortijo sin su trovador;
la ciudad entera tenía prisionero
en jaula dorada al dulce gorrión.

Y el poeta trae pálido semblante,
mustia y doblegada la frente. Por qué?...
Porque la colmena que buscó su anhelo,
ni guardaba cera, ni guardaba miel.

La urbe es el tráfigo, y es la indiferencia:
en ella no pueden las aves volar;
en ella se nublan las inspiraciones
y las insaciables ansias de soñar.

Y al dulce poeta le cortó las alas
el pesado ambiente de la multitud.

el canto requiere soledad y calma;
el genio en silencio templó su laúd.

Para aquél sencillo corazón de vate
más valía un trino que una adulación;
y al monte se vino, buscando el ambiente,
que le devolviera su antiguo vigor.

Huyó de la feria de las vanidades:
después del torneo, buscó soledad.
Mas cuando llegaba la victoria alada
se batía su numen en la oscuridad.

Era ya muy tarde. Su alma estaba yerta,
la jaula dorada se la ensombreció.
¡Alma que cantaba dolores ajenos
y en ellos cantaba su propio dolor!

EL RETORNO DEL MANCHEGO

—“Luego también, dijo Sancho, se le
entiende a vuestra merced de trovas?”

—“Y más de lo que tú te piensas,
respondió Don Quijote”.

Estaba en altas horas de evocación. Las cosas,
sin luz y sin contornos, tornábanse medrosas
en medio del silencio; y entre la sombra densa
el rumor sin estruendo del ánimo que piensa,
—como forjando estrofas de multiformes galas—
no más se oyó, batiendo las tremulentas alas.

Horas en que el poeta su espíritu recrea
oyendo el trepidante germinar de la idea,
fuente que nace mansa, y se hace tempestuosa
hasta alcanzar el ímpetu del agua caudalosa.

Estaba en altas horas... buscando en la memoria
algún olvidado héroe que conquistó la gloria,
cuando súbitamente, buscando otra aventura,
llegóse a mí el Hidalgo de la Triste Figura:

“Yo soy el de los siglos, taciturno manchego
que de lejanas tierras a tu conjuro llego;
yo soy el Caballero que en lienzos y viñetas
divulgan por el mundo pintores y poetas.
Honor obliga, dije, y del rocín al trote,
baja hasta tí con todas sus armas Don Quijote.

“Poeta: tú no ignoras que circundé mi frente
de mirtos y laureles, porque yo fui vidente;
yo canto, y la videncia de lo futuro tengo,
y a recordarte todas mis enseñanzas vengo.

No olvides que yo dije de la vida el enigma
y colgué de mi escudo el doloroso estigma
de mi triste figura, como gloriosa empresa
de quien el rito santo del ideal profesa;
yo fui una sutilísima concreción de amargura,
yo soy el Caballero de la Triste Figura...

“Yo soy el gran vidente de los siglos. Mi lanza
es luz cuando reposa y es fuego cuando avanza;
mi yelmo... Ah! Su inefable resplandecer divino
igual será en los tiempos al yelmo de Mambrino!

“Poeta soy, y todo lo que arrebató al vulgo
así lo divinizo y engrandezco y divulgo.
Oh yelmos, oh penachos que en el azul imperan
y que hoy no son la sombra de lo que antes fueran!

“Armado de mis armas, hidalgo y caballero,
en la estación de cantos verás que soy jilguero
que acude a los torneos donde el trovar se prueba
y canta en las alturas do la pasión lo eleva.

“Yo no le doy reposo ni a mi más débil fibra:
poeta soy que a golpe y a contragolpe vibra,
y hace correr por su alma, de vibraciones llena,
lo que en el agua es onda, y en el ojo fosfena.

“Volveré por el mundo. Oh bardo! espera, espera...
no tardará en el tiempo en brillar la cimera
que un siglo, y otro siglo, y otro siglo fue egida
de honor, y cuya lumbre no la apagó la vida;
volverá a sus andanzas, en alas del hechizo,
aquél que mil agravios vengó y cien mil deshizo.

"Anuncia mi llegada. Oh bardo! espera, espera...
No seré yo el llamado a rescatar la esfera?
Hoy recorre esa esfera la jauría suelta
de no sé qué antro prófuga. En tan feroz revuelta
de los viejos ideales ya no ha quedado nada,
y la belleza misma la encuentro desmedrada
también, y hasta la misma dulcísima poesía
hoy anda disfrazada con ropaje de arpía!

"He de volver, lo juro, con la gloriosa empresa
de dar a los ideales su pristina pureza."

"Hé de librar combate feroz, y si otra lanza
pesa mi! en el encuentro con más empuje avanza,
no dejaré que el yelmo se abolle o se mancille
para que en la cabeza del victorioso brille;
y mi morrión de gloria, como botín de guerra,
será el mejor legado que le guardó la tierra!"

Calló el manchego. Entonces —luminaria errabunda—
ví brillar en el caos de la noche profunda
el yelmo de Mambrino...

AMOR QUE FUE

Aquella arrogante silueta de blanca paloma,
aquella sonrisa tan dulce que al labio se asoma
y que imprime a su espíritu triste
el amor que se fué... y ya no existe.

Sus ojos tan bellos que en curva doliente se entornan;
sus dientes tan blancos, tan blancos que exornan
una ristra de perlas preciosas;
y sus manos de mística albura,
de mística albura que deja a las garzas celosas.

Del negro cabello las largas guedejas
que imitan el suave matiz de las uvas añejas;
la mejilla, que al beso provoca,
con un tinte de flor de granado que apenas la toca:

Es la novia que pasa muy triste,
pensando en su amor... En su amor que se fué... y ya no existe...

LAS DOS FUERZAS

Del árbol en la cúspide
tenía su morada
aquel chayna cantor;
su extraña melodía
a todos arrobaba,
y con sus dulces trinos
poblaba la región.

Un día, fatigado
ya de tanto cantar,
juró romper la lira,
juró no cantar más.

Le rogaron en vano:
el chayna su propósito
no quiso quebrantar.

Pero una bella tarde,
casi al morir el sol,
en un árbol vecino
otro rival alado
entonó una canción.

El pájaro remiso
le escuchó corto espacio,
porfiando en su mudez.
Mas de pronto, celoso
de sus triunfos de ayer,
quebrando su mutismo
rompió a cantar también.

Avergonzado luego
de su debilidad,
prometió nuevamente
no volver a cantar.

Y sucedió que al punto
sobre la misma rama
en que el alado vate
juraba y perjuraba
su porfiada intención,
abrió sus negras alas
tachonadas con oro

brotó el verso triunfante
pregonando tus gracias;
darle de tus ensueños
el perfume embriagante;
sacarlo del abismo
caldeado de la mente;
pulirlo hasta que el mismo
poeta se sorprenda, y lo prefiera
para esculpirlo en mármoles o en bronce...

Y si la dulce musa inspiradora
sabe de amor... entonces
es más hermoso el madrigal, Señora!

SOLA...

Sola? Jamás! Sola nunca has estado;
te acompañan mi espíritu y mi sombra:
mi espíritu que vuela desalado,
buscando, hora tras hora a la lejana,
a la fulgente, perseguida estrella
que mi boca calladamente nombra
dulcemente, mañana tras mañana.

Sola? Jamás! Sola nunca has estado;
te acompañan mi espíritu y mi sombra:
mi sombra, que semeja un viento alado,
un suave viento o brisa embalsamada
que en vuelo presuroso inquieta avanza;
mientras mi grito desde aquí te nombra,
ella te envuelve en suave llamarada.

SECRETO

Si llega a tu alero la errante viajera,
esquiva paloma del plácido estío,
no olvides, si un día llegase a tu vera,
en dulce secreto decirle mi envío:

Que venga... que llegue... que sacie mi empeño;
que toda mi vida la vivo esperando;
que ansiosas la aguardan mis aves de ensueño,
mis aves de ensueño que viven cantando...